

Juan Gamboa Guzmán, la deuda de la nostalgia*

María Teresa Mézquita Méndez

Año de 1883. En un navío cargado, seguramente, tanto de certidumbres como de dudas, el aún joven pintor yucateco Juan Gamboa Guzmán se traslada de regreso a México. Había nacido en una cuna medianamente acaudalada y luego venida a menos. Necesitado de apoyo y con inquietudes, había recibido una beca de la Sociedad La Unión que lo mantiene vivo en el viejo continente desde el año 1874.

Y, aunque el gobierno estatal le retiraría su apoyo muy pronto, Juan obtiene el ingreso a la Escuela Municipal de Dibujo y Escultura de París, dirigida por el maestro Justin Lequien, en ese mismo año.

No dejan de ser interesantes las palabras de Lequien en torno del joven alumno mexicano: "No tengo sino elogios de la conducta y trabajo de este joven que ha hecho muy grandes progresos en sus estudios de dibujo — escribió al mecenas de Juan, el Sr. Dondé Cámara— ...me considero ...feliz de consignar aquí los progresos de este alumno que en el concurso ha obtenido el segundo premio entre numerosos competidores..." (p. 34).

El París que Juan Gamboa encontró y dejó nueve años después era indudablemente un París convulso, agitado por fuertes cambios en las artes. Los románticos como Gericault y Delacroix habían cedido el paso, en Inglaterra, a los prerrafaelistas, y en la zona Gala, a los realistas franceses: Courbet, con un cuadro tan simbólico como *El taller*; Jean-François Millet, con sus cuestionados trabajos que reflejaban la vida campesina, tachado por esto como socialista; Honoré Daumier, con sus dibujos de gran valor expresivo, su "periodismo pictórico", como lo llamaría Arnold Hauser. Estos tres artistas morirían, respectivamente, en 1877, 1875 y 1879, exactamente las fechas en las que Juan arribaría a París.

*Texto leído en la presentación del libro *Juan Gamboa Guzmán, a un siglo de distancia*, de Eduardo Tello Solís, editado por la Universidad Autónoma de Yucatán. Abril 18 de 2002, Salón del Consejo Universitario.

Y coincidiendo con su partida, en la década de los ochenta del siglo XIX, brotaba un incipiente Art Nouveau o Modernismo, a poco de despuntar: el mismo año de su partida, en 1883, se comenzó *La Sagrada Familia*, de Gaudí, en Barcelona; falleció también el tan reconocido grabador Gustave Doré, ilustrador de tantos libros, entre ellos nada menos que la Biblia y *El Quijote*. También nacían dos figuras esenciales del arte contemporáneo: Walter Gropius, el arquitecto alemán fundador de la Bauhaus, y Franz Kafka, quien haría la predicción, con su *Metamorfosis*, de la angustia inminente del ahora ya agotado siglo XX.

Otro movimiento, vertebral en la historia del arte universal y que seguramente también conmovía al mundillo del arte parisino es el Impresionismo. Édouard Manet, como precursor, fue el principal innovador de la década de 1860. Posteriormente, Edgar Degas destacaría como maestro del trazo, innovando poderosamente la composición conocida hasta aquel entonces. Luego llegarían Claude Monet, Camille Pizarro, Auguste Renoir. Con ellos llegaría el trabajo al aire libre, como en el caso de Renoir y Monet. En 1869, por ejemplo, ambos pintaron *El estanque de las ranas*. Paul Cézanne cierra esta etapa para ceder el turno a los movimientos postimpresionistas en la década de 1880, época de Georges Seurat y punto de arranque para el inminente arribo de Vincent van Gogh, Paul Gauguin y Henri Toulouse-Lautrec.

Este panorama era seguramente lo que inquietaba y revolvía un poco los ánimos en el paisaje de las artes de París. Pero en el refugio seguro de la academia de Justin Lequien, seguramente Gamboa Guzmán seguía una disciplina que lo llevó a desarrollar una técnica depurada y un conocimiento que lo identifica, ciertamente, como escribe Eduardo Tello, como "el más académico de nuestros pintores" y cómo destaca, en su momento, en un medio en el que no abundan los artistas plásticos profesionales. No obstante, Gamboa Guzmán tenía otras inquietudes más allá del rigor, que quizá las circunstancias no le permitieron alcanzar.

Regresa el joven pintor con indudable esperanza en la bienvenida de la sociedad meridana, el trabajo seguro, los retratos que seguramente haría... Abre un estudio en la calle 59 donde ahora está la Secretaría de Desarrollo Industrial y Comercial y...



nada pasa. Aparte de algunos encargos específicos, algunos de la diócesis, de la presencia de su discípulo el Dr. Eduardo Urzaiz Rodríguez (a quien, por cierto, debemos mucho de lo que hoy se conoce de él), no recibió más trabajos.

Dos años después se tiene que trasladar a México en busca de recursos y algún modo de vivir. Allí, tras una exposición colectiva en el Museo de San Carlos en la que participa y de recibir el primer premio por el retrato del maestro Ignacio Altamirano, le escribe a un periodista sobre el desengaño de sus posibilidades en Mérida, sobre ese haber regresado "con los naturales deseos de ser útil, y sólo encuentro como recompensa, pocos aplausos y mucha indiferencia a mis trabajos (...) he tenido que luchar contra la oposición de los pintores de la Academia, pues aunque muchos de ellos son artistas de gran tiempo y saber, viven encasillados en una escuela amanerada y fría que los hace refractarios a todo progreso" (p.48).

En el capítulo correspondiente a las exposiciones y obras principales de Gamboa Guzmán, don Eduardo Tello destaca los comentarios favorables de Juan de Dios Peza sobre el retrato del profesor Ignacio Altamirano y de Gutiérrez Nájera sobre la exposición de El Hotel Jardín, de la Ciudad de México, donde destacó el cuadro *La noche*, que fuera localizado y adquirido apenas hace siete años por el comentarista Jorge Saldaña Hernández en la ciudad de París.

LAS OBRAS, EL PARADERO

Quisiera detenerme en uno de los aspectos más importantes, a mi juicio, del trabajo de don Eduardo Tello, y éste es cuando cita que "la obra plástica del pintor la integran 136 cuadros al óleo, descontando sus bocetos, apuntes, estudios y acuarelas".

"La gran mayoría de aquéllos —continúa— fueron comprados en México y se desconoce su paradero. (Aunque) En el acervo del Museo de San Carlos se contaba con dos o tres de ellos. Aquí, en la pinacoteca que lleva su nombre, y hay que mencionarlo, también por iniciativa de don Eduardo, se conservan tres: *La música celestial*, un retrato de Gabriel Gahona "Picheta", quien fuera su maestro en Mérida y un trabajo sobre la Sociedad La Unión, enviado desde París a don Manuel Dondé Cámara.

La muerte a Gamboa Guzmán lo sorprendería aquí, en la capital yucateca, en el año 1892. Después escribiría el Dr. Urzaiz que "Mérida entero lloró la muerte del pintor". Y yo querría saber si Mérida entera lo extrañó cuando éste tuvo que irse por la indiferencia de ésta y si Mérida entera ahora sabe que está aún a tiempo para rescatar esta figura y muchas más que, buenas o malas, importantes o no, en panoramas externos, son sin duda vertebrales en la conformación de nuestra identidad.

En el libro de Eduardo Tello hay cartas, citas, fechas, textos y más información de Juan Gamboa Guzmán provenientes de los archivos de los familiares del pintor, del Archivo General del Estado de Yucatán y del arquidiócesano, así como de artículos de prensa, cartas, etcétera.

Todo este material reunido y pacientemente estudiado y trabajado para llegar a lo que hoy presentamos que es *Juan Gamboa Guzmán, a un siglo de distancia*, me lleva a reflexionar finalmente en lo oportuno de un llamado de atención hacia la continuación de estos trabajos que investiguen, que rescaten, que desempolven a los elementos fundamentales de nuestra memoria.

Por otra parte, está la esencia del mensaje del autor de este libro: en homenaje a quien fuera un artista de la disciplina.

En nuestros tiempos, señala Eduardo Tello, tal parece que *"la adquisición de conocimientos sobre cultura universal resultan innecesarios. El conocimiento de la anatomía significa un estorbo para algunos despistados alejados de la verdadera plástica contemporánea que se recrea de nuevo en la figura y la imagen (p. 14)"*.

"Es hora de volver a la academia, volver al dibujo, volver al estudio —exhorta don Eduardo—, de volver a las raíces de las artes plásticas, sin menoscabo del presente generoso que nos ofrece ayuda sin par y que no debemos rechazar".

Hay, sin duda, no pocas preguntas que podemos formularnos y muchas cosas por hacer en torno de Juan Gamboa Guzmán. De ahí que pensara en el título, para estas palabras, de *La deuda de la nostalgia*.

Y es que hay todavía —y eso es lo más determinante de este trabajo constante que ha realizado don Eduardo—, qué

investigar mucho sobre Juan Gamboa Guzmán. ¿Por qué no recibió encargos durante su estancia en Mérida?, ¿dónde está la mayoría de su obra?, ¿dónde las que, según leemos, desde 1876 envió año con año, puntualmente, a la Sociedad la Unión que lo becara en París? ¿Cuál fue la razón por la cual, siendo tan joven, y aún reconociendo el peso de la tradición, se orientó al amparo del trabajo ortodoxo y disciplinado, además que seguro, del mismo academicismo sin apuntar las narices hacia los inquietos que, como ya vimos, revolvían París en esos años? ¿Por qué casi no pudo vender?


Quisiera terminar como comencé. Ahora con el año de 1892. Dentro de unas cuantas horas, en la madrugada de este 19 de abril, se cumplirán ciento diez años de la muerte de Juan Gamboa. Y dejo la pregunta: ¿Pasarán 100 años más antes de resolver alguna de tantas dudas sobre él?

Agradecemos la convicción y la certidumbre de Eduardo Tello Solís en la causa de Juan Gamboa. Una felicitación por su constancia, su interés y su trabajo. Y digo "agradecemos" porque las nuevas generaciones, obligadas —como estamos— a continuar con esta labor dedicada, serena y paciente, somos quienes diremos, a la hora de retomar estos menesteres, que afortunadamente ya hay brecha abierta y desbrozada.



Medallas otorgadas a Juan Gamboa Guzmán, en Europa, de 1874 a 1883.

MIRADA DE VIAJERO



En 1986, Sylvie Le Bon de Beauvoir abrió un húmedo armario en la casa de Simone de Beauvoir: como si fuera un féretro exhumó un grueso legajo de cartas dirigidas a monsieur Sartre. Se trataba de una correspondencia que se creyó perdida durante muchos años. 321 cartas que Simone envió a Jean Paul Sartre, de 1939 a 1963. En ellas se detalla la evolución de una relación amorosa, desde la pasión hasta el compañerismo apasionado.

De estas cartas, editadas en español por la editorial Lumen (España, 1997), presentamos una que Simone le escribe a Sartre en mayo de 1948, desde Mérida. En un viaje efectuado en 1947 a los Estados Unidos, de Beauvoir estableció una relación amorosa con el escritor Nelson Algren. Decidieron que en la primavera de 1948 harían un viaje de varios meses a lo largo del Mississippi, México y Guatemala. Esta carta relata su estancia yucateca. (LARC)